

**PRESENTACIÓN DEL DR. CÉSAR ANÍBAL FERNÁNDEZ  
SÁNCHEZ CON MOTIVO DE SU INCORPORACIÓN A LA  
ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS COMO  
CORRESPONDIENTE POR LA PROVINCIA DE RÍO NEGRO**

Bien encaminada –a mi entender–, la Academia Argentina de Letras puso sus ojos en la figura de César Aníbal Fernández Sánchez al convocarlo como el primer Correspondiente por la provincia de Río Negro. Se trata de acreditar, de instalar la Patagonia argentina en el concierto de las viejas provincias hispanas y darle enjundia a las deliberaciones sobre la lengua en regiones bilingües, en estos magnos espacios sureños donde el conquistador español no substituyó al aborigen (al menos, en parte de nuestro territorio) por haber agotado su entusiasmado ímpetu de dominio en este extremo del mundo.

El Pleno de noviembre de 2002 debió considerar la dilatada trayectoria de un lingüista preocupado desde sus años juveniles por los problemas culturales de su región, de su provincia natal, Río Negro, tan inmediata y confluyente con la de Neuquén. Porque de tal manera vemos nosotros la región del Comahue, y la vivimos quienes aspiramos desde Cuyo el perfume patagónico y sureño, o, incluso, lo hubimos percibido desde La Plata, cuando estudiantes universitarios de los años 60.

Una larga camaradería une al nuevo Correspondiente con quien tiene el gusto y la satisfacción de presentarlo. A pesar de haber tenido cursos y profesores idénticos, lecturas y posgrados semejantes o vecinos, las apetencias y la vocación de uno y otro nos llevaron por especialidades diferentes, incluso, desde el punto de partida juvenil. Un progresivo respeto y la amistad en momentos decisivos ha profundizado lo que fue una intensa vida universitaria, como la de La Plata en aquellos años. De modo que al poco andar accedimos ambos por concursos al mismo Instituto de Filología donde compartimos aspiraciones intelectuales y el inicio de nuestras disciplinas. Allí se

concibieron nuestros futuros viajes de estudio y la selección de maestros para los posgrados, cuando los doctorados todavía no constituían una exigencia académica como en la actualidad. Se trataba de imitar a los grandes maestros en el asalto hacia la frontera del espíritu, sin apartarnos de nuestro recóndito terruño.

César Fernández fue uno de los primeros, con Jorge Díaz Vélez, en partir hacia Madrid con becas españolas del Instituto de Cultura Hispánica para OFINES (Oficina de Investigación del Español) 1971, y del Instituto Español de Emigración, encaminadas al perfeccionamiento a través de seminarios en la Universidad Complutense de Madrid (1971-2), todos ellos como proceso dirigido hacia el propuesto doctorado. Después de César Fernández, y al poco tiempo, viajó a España Aníbal Biglieri, y nosotros mismos hacia Holanda.

A instancias del Director de nuestro Instituto, a la sazón, Demetrio Gazdaru, se produjo en julio de 1972 un encuentro no fortuito e inolvidable que permitió el trasvasamiento de tres experiencias europeas en el marco de cursos de posgrado. Provenientes de estudios situados en países distintos y con temática diferente, no alcanzaron los días para resumir contenidos de seminarios, nuevas líneas de trabajo, cotejos con el caudal recogido en La Plata y el análisis y evaluación de los ámbitos donde nos fue posible relacionarnos. Muchos de los nombres allí volados correspondían a los maestros consagrados de aquel momento; Potier, Lapesa y Vidos; Alvar, Lázaro Carreter y Criado de Val; o de las famosas Margherite Morreale y Christinne Mohrmann; de los rumanos Coseriu, Sala y I. Iordan; los mejores cerebros de las nuevas hornadas, como Antonio Quilis, Fernández-Sevilla, Bartelink y Bastiansen, para recordar sólo un puñado de nombres. Y junto a ellos, los de los jóvenes, a veces compañeros de cursos o camaradas, estudiosos que hoy representan importantes puntales de nuestra ciencia.

Debo destacar que, ya en aquellos años, César Fernández mostraba un pronunciado interés por la enseñanza de la lengua materna y un constante afán por la situación de las comunidades bilingües, porque ya entonces tenía su atención puesta en los hablantes mapuches patagónicos. De tal época provienen dos de sus buenos artículos inaugurales sobre toponimia aborigen de la región del Comahue en la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*. Obras que rematan en su reciente bien titulada *Los nombres de la tierra patagónica*.

Creo que allí ya estaban contenidas las dos líneas principales de sus aportes. Por un lado, la onomástica regional norpatagónica y, por otro, el estudio de los problemas lingüísticos de las regiones bilingües, diferentes a los casos de bilingüismo en lenguas occidentales, o con culturas de literatura escrita, sino de los fenómenos del español en contacto con lenguas aborígenes vivas, persistentes, resistentes, pervivientes. César Fernández armaba sus estrategias bibliográficas considerando una salida práctica que entonces, en los años setenta, no se producía potencialmente como en los años posteriores al ochenta o noventa, incluso después de la última reforma constitucional de 1993. De esa época se documenta su participación en el Proyecto EMER y la elaboración de diez módulos de lengua para educación a distancia en el nivel primario para el Consejo Provincial de Educación de Neuquén, dirigido a los maestros de escuelas mapuches.

Esta tendencia hacia el análisis de la educación bilingüe mapuche-español se ha ido acentuando progresivamente, fortalecida con el trabajo de campo y una apertura a los problemas de otras comunidades latinoamericanas. De donde la beca conferida por la OEA y el Gobierno de México para el XVIII Curso Interamericano de Acción y Práctica Indigenista (1993) en el Instituto Indigenista Interamericano de México. Es decir, encarar los problemas de una manera práctica y realista, sin la pretensión efímera de volver en la historia. Es aquí donde situamos su próxima obra en prensa: *La escuela rural* (cuyo tema es la interculturalidad mapuche).

Hubiese sido una pena que la Academia Argentina de Letras no aprovechara esta experiencia de años, enzarzada profundamente en un mundo moderno. La designación del nuevo Correspondiente cubrirá necesidades vitales e inmediatas en torno al contacto centenario de lenguas con cultura propia: de aquí, la hispana y la criollista; más acá y ahora, lo propio de nuestro continente, con aspiraciones tendientes a un latinoamericanismo cada vez más sólido, con justo acceso a foros como el de nuestra Corporación académica.

César Fernández es autor de 52 aportes científicos referidos a lingüística y educación indígena, por un lado, y a Sociolingüística, por otro, publicados en importantes revistas internacionales (*Anuario de Lingüística Hispánica*, Universidad de Valladolid; en los *Cuadernos Hispanoamericanos*; en *Español Actual* y en *Yelmo*, de Madrid; en *Estudios Filológicos*, Valdivia, Chile) y en otras naciohales (*Románica*

de La Plata; *Lectura y Vida*, y en la revista *Lectura*, de Buenos Aires; como en *Revista del Centro de Investigación y Acción Social*, también de Buenos Aires), etc. Nuestro académico correspondiente es autor de veinticinco ponencias presentadas ante diversos congresos nacionales e internacionales sobre enseñanza de la lengua en comunidades mapuches.

Fernández ha dedicado sus mayores esfuerzos, por un lado, al estudio de las características del habla patagónica, aunque esperamos su próximo libro, *Hablar paisano*; pero por otro, el señalado sesgo atinente a la situación de los últimos pobladores mapuches o de origen mapuche. El drama de estas culturas disminuidas por la vida moderna, su proletarianización, criollización y lenta pérdida de tradiciones autóctonas, han producido desde muy joven en el alma de César Fernández la pasión por conocerlos, entenderlos y defenderlos a ultranza. De allí los frutos impresos en sus obras *Cuentan los mapuches* y en *Relatos y romanceadas mapuches* con recopilación en campo. Estos documentos de archivo, que contienen textos mapuches cantados, fueron editados en un importante casete denominado *Romanceadas Mapuches*.

El mundo mapuche ha entusiasmado desde hace siglos a cronistas, viajeros y estudiosos, primero a los de Chile –por una cuestión política y espacial–, después a los de Argentina. Pareciera que la vocación de defensa del caudal araucano ha brillado allende la cordillera que dentro de nuestras fronteras. Salvando algunos atisbos de producciones referidas a los pampas –como las de Rosas o Mansilla con los ranqueles– es recién en el siglo XX cuando surge una pléyade de estudiosos argentinos que compatibilizan los estudios de la lengua con los de la cultura mapuche, analizados desde el sector oriental (argentino) de sus habitaciones.

César Fernández integra, pues, ese grupo de lingüistas y antropólogos donde sobresalen nombres, como los de J. Suárez, R. Casamiquela, Álvarez, Ricardo Nardi, Lucía Goluscio, Ana Fernández Garay, Pedro Viegas Barros, Leonor Acuña y Perla Golberg, entre otros.

De todos los lingüistas quizá el único nacido, criado y retornado a su Río Negro natal sea César Fernández, quien representa la articulación de los descendientes de inmigrantes españoles, llegados a suelo rionegrino desde las pampas bonaerenses, es decir, sin compromisos criollistas previos; con quienes bajaron su frente enamorada por la

cultura autóctona y aborigen, manejando el instrumental de la ciencia moderna y los abultados compendios bibliográficos.

En el orden personal, o personalísimo, mucho debo a las largas conversaciones con César Fernández, quien desde los años 60 anualmente *bajaba* (según ese criterio centralista y capitalino) desde La Plata a Roca en sus vacaciones para entrevistar a viejos mapuches. Después de las vacaciones, sus resultados me parecían misteriosos, y sus experiencias no siempre encajaban en la dialectología abstracta o de botiquín que sacábamos de los textos. En las mesas de la Málaga andaluza, César Fernández nos ilustraba con retahíla de autores y citas que apenas conocíamos de oídas, saboreadas cálidamente como piedras que se conservan en el jardín de los decoros.

Mucho le debo a aquellos entusiasmos, al punto que mi cambio de rumbo, desde la filología clásica, desde la poesía latino-cristiana y del nacimiento de las lenguas romances, pasé bruscamente a recuperar los materiales de mi provincia y región neocuyana donde no existe bilingüismo, quebrado allá lejos desde hace más de tres siglos. El sesgo hurgonero tras los topónimos y cantares se lo debo a mis maestros y al amigo y colega César Fernández, a quien quizás jamás confesé los rasgos de estas pasiones comunes.

De manera que la Academia ha sabido valorar estos y otros aspectos de la personalidad científica y humana del académico correspondiente, y en una especie de mecenazgo intelectual, ha pagado mis viejas deudas haciéndolas suyas.

De modo que César Fernández representa desde este momento la articulación argentina de la cultura hispana con la mapuche, asumida sin resentimientos pero con grandeza altruista, sincera y sólida. No es el intento inocuo de *patagonizar* lo que de suyo es patagónico, sino de sumar un caudal irrenunciable que debe fertilizar el conocimiento de nuestros estudiosos, de nuestros creadores y poetas. Para eso el nuevo académico correspondiente ocupará el papel de referente como sus nuevos colegas patagónicos.

Y esperamos que así sea, por amor a lo suyo y reconocimiento de méritos propios. Muchas gracias por honrarme con esta invitación trascendente.

César Eduardo Quiroga Salcedo